

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

EL CARISMA

Gracias a Barak Obama, se ha vuelto a escuchar una palabra que había pasado de moda: *carisma*. Forma parte de un grupo de vocablos que designan cierto tipo de atractivo. Todos ellos tienen etimologías fascinantes. *Encanto* es el resultado de *cantar* una fórmula mágica, un *hechizo*. La palabra inglesa *glamour*, que hace años se utilizaba para describir el luminoso atractivo de las bellezas cinematográficas, significa también *encantamiento*, y su etimología es sorprendente.

Deriva del término *grammar*, gramática. El lenguaje, como se ve, cree en los poderes sobrenaturales del lenguaje. Por poner otro ejemplo, es *dichoso* aquel a quien le han *dicho* un buen augurio.

Volvamos al léxico del atractivo. La palabra *gracia* significaba también lo que atrae y agrada. En griego se decía *jaris*, y de ahí, procede *carisma*, la capacidad de seducir. Carismático es el que tiene gracia. La historia no termina aquí, porque el cristianismo convirtió la palabra en un término teológico: es un “don sobrenatural concedido a un creyente o a un grupo de creyentes para el bien de la comunidad”. Esa misma teología mantenía que los soberanos recibían su poder de Dios, con lo que la política adquiría un carácter sobrenatural y misterioso. Los reyes de Francia tenían el poder de curar las escrófulas imponien-

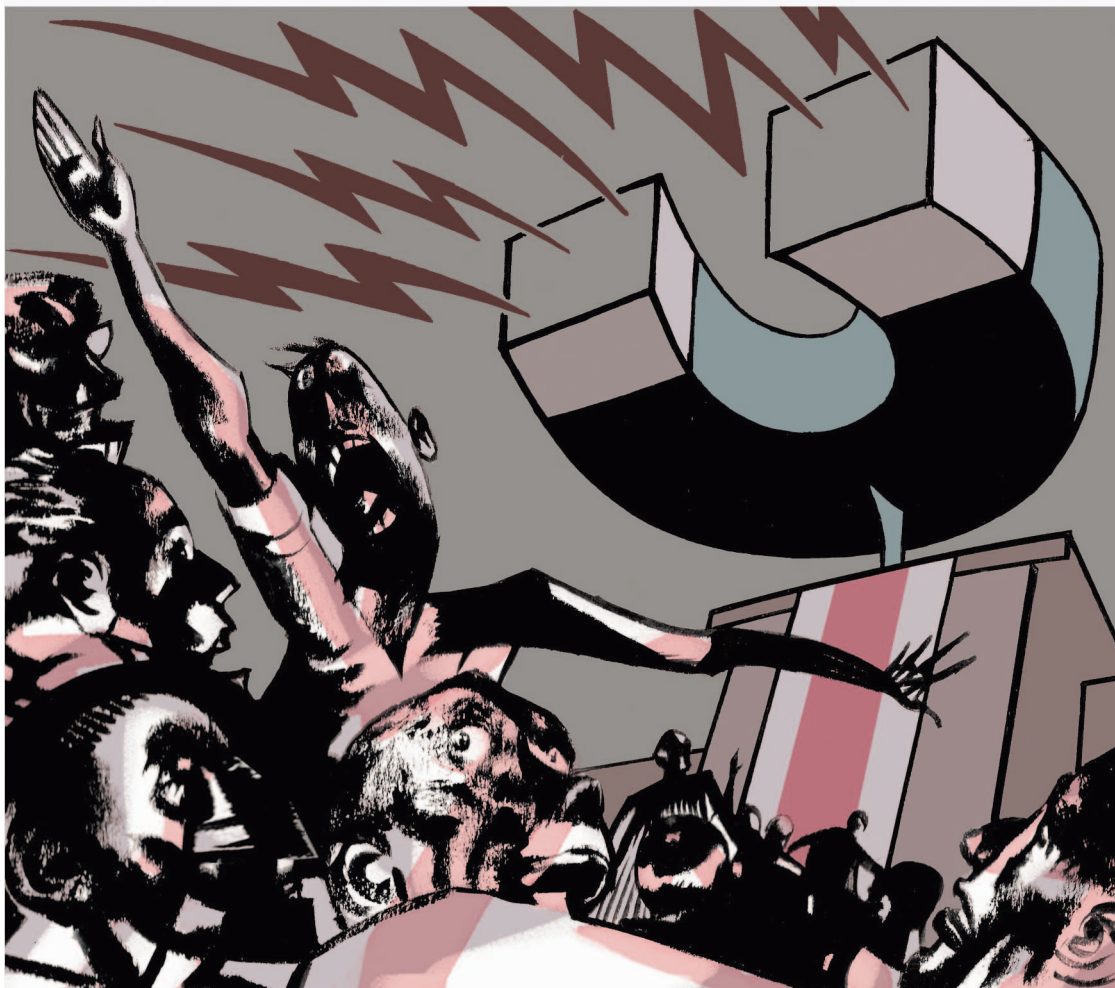
do las manos. Las fronteras entre la realidad y la ficción se difuminaban, cosa que siempre ha sentado bien al poder. Como dice un adagio antiguo: “Lo importante no es el poder que tengas, sino el que los demás creen que tienes”. De ahí que los apasionados por el poder hayan intentado convertirse en figuras carismáticas. Napoleón se dedicó a ello con ahínco, desde que siendo jefe del ejército de Italia utilizaba su periódico para forjar su propia leyenda. Escribía textos como el siguiente: “Bonaparte vuela como el relámpago y golpea como el rayo. Está en todas partes, lo ve todo”. Hitler hizo algo semejante. En 1927, su lugarteniente, Rudolf Hess, comentaba: “El gran líder popular se parece al gran fundador de una

**NAPOLEÓN
DIJO: SÓLO
SE PUEDE
GOBERNAR
A UN PUEBLO
OFRECIENDO
UN
PORVENIR;
UN JEFE HA
DE VENDER
ESPERANZA**

religión: ha de comunicar a los oyentes una fe apodíctica. Sólo entonces puede ser conducida la masa de seguidores allí donde ha de ser conducida”. Y, en España, Franco cultivó su imagen de caudillo dotado de poderes sobrenaturales. En el II Consejo Nacional del Movimiento, su secretario general desgranó perlas como las siguientes: “El

milagro de la guerra ha obrado el milagro de un mando soberano carismático”. “Por la especial asistencia de Dios le son desvelados los arcanos del futuro histórico, y asume el deber indeclinable de forjarlo por su mano”.

La historia nos dice que en periodos de turbación, las naciones ansían la llegada de un jefe carismático. Y también nos advierte que es peligrosísimo que acabe creyéndose que tiene realmente poderes especiales, como les sucedió a los personajes que he mencionado. Con el carisma sucede como con los libros de autoayuda. Tienen éxito porque animan afirmando que es posible cambiar. Pero luego resulta que para cambiar hay que trabajar muchísimo, y eso ya no es tan mágico. Napoleón escribió: “Sólo se puede gobernar a un pueblo ofreciéndole un porvenir. Un jefe es un vendedor de esperanza”. Esto es el carisma. A partir de ahí comienza la realidad. ■



Raúl